

#### XIV

##### Ni peluquero, ni vestido, ni carroza

Hubiera sido de mal gusto el que madama Dubarry saliese de su aposento de Versalles para pasar á la gran sala de las presentaciones.

Además, Versalles estaba muy escaso de recursos en un día tan solemne.

En fin, había otra razón más poderosa, la de no ser esa la costumbre. Los elegidos llegaban con el boato de un embajador, ya de su palacio de Versalles, ya de su casa de París.

Madama Dubarry eligió este último punto de partida.

Desde las once de la mañana, había llegado á la calle de Valois con madama de Bearn á quien tenía bajo llave, cuando no la tenía bajo su sonrisa, y cuya herida curaba á cada instante con todos cuantos secretos suministraban la medicina y la química.

Desde la vispera, Juan Dubarry, Chon y Dorea andaban manos á la obra, y el que no los hubiese visto tan afanados, difícilmente habría podido formarse una idea de la influencia del oro y del poder del genio humano.

La una se aseguraba del peluquero, la otra hostigaba á las modistas, Juan, que estaba encargado del departamento de las carrozas, vigilaba además las modistas y los peluqueros. La condesa, ocupada de

flores, de diamantes y encajes, nadaba en cofrecitos, y recibía de hora en hora correos de Versalles, que le traían la noticia de haberse dado orden de iluminar el salón de la reina, y que nada se había alterado.

Á eso de las cuatro, entró Juan Dubarry, pálido y agitado, pero gozoso.

— ¡Y bien? preguntó la condesa.

— ¡Y bien! todo está dispuesto.

— ¡El peluquero?

— He hallado á Dorea en su casa, y hemos quedado corrientes. Le he deslizado en la mano un billete de cincuenta lises, comerá aquí á las seis en punto, y por consiguiente debemos estar tranquilos por ese lado.

— ¡Y el vestido?

— El vestido será admirable. He hallado á Chon que lo estaba vigilando, y había veintiocho costureras cosiéndole perlas, cintas y otros adornos. Así se hará paño por paño ese trabajo prodigioso, que hubiera costado ocho días si fuese para otra.

— ¡Cómo es eso de paño por paño? dijo la condesa.

— Sí, hermanita, tiene catorce paños. Para cada uno de estos hay dos costureras; la una toma por la izquierda y la otra por la derecha cada paño, que adornan con pedrería, encajes y demás; de suerte que no se pegan hasta el último momento. Esto exige aun dos horas, y á las seis de la tarde tendremos el vestido.

— ¡Estás seguro de ello, Juan?

— Ayer hice el cálculo de las puntadas con mi ingeniero. Cada paño lleva diez mil, y por consiguiente tocan cinco mil á cada obrera. En esa tela tan tupida no puede una mujer dar más de una puntada en cinco segundos, lo que hace doce por cada minuto, sete-

cientas veinte por hora, siete mil doscientas en diez horas. Dejo las dos mil doscientas para los descansos indispensables é hilvanos, y nos quedan cuatro horas útiles!

— ¡Y la carroza?

— ¡Oh! en cuento á la carroza ya sabes que he respondido de ella; el charol está secando en un almacén caldeado expresamente á cincuenta grados. Es una lindísima carroza, á cuyo lado te respondo que no valen un ardite las que se enviaron al encuentro de la Delfina. Además de los escudos de armas que forman el fondo de los cuatro tableros, con el grito de guerra de los Dubarry: ¡*Lanzados adelante!* en los dos tableros de lado, he mandado pintar en una parte dos palomas acariciándose, y en la otra un corazón atravesado por una flecha, y todo ello realzado por arcos, aljabas y antorchas. La gente aguarda la vez en casa de Francian para ver la carroza, á las ocho en punto estará aquí.

En aquel momento entraron Chon y Dorea, quienes venían á confirmar cuanto había dicho Juan.

— Gracias, mis bizarros tenientes, dijo la condesa.

— Hermanita, dijo Juan, tienes los ojos cansados, duerme una hora, y eso te repondrá.

— ¡Dormir! ¡para dormir estoy! Ya dormiré esta noche, y á buen seguro que habrá muchos que no podrán decir otro tanto.

Mientras se hacían estos preparativos en casa de la condesa, cundía por la ciudad la noticia de la presentación. El pueblo parisiense es el más novelero de todos los pueblos, por más ocioso é indiferente que parezca. Nadie ha conocido mejor los personajes de la corte y sus intrigas que el bodoque del siglo xviii, el mismo que no era admitido á ninguna fiesta de interior, que sólo veía los tableros jeroglíficos de las

carrozas y las misteriosas libreas de los lacayos, corredores nocturnos. En aquella época no era raro que tal ó cual señor de la corte fuese conocido de todo París; lo que era muy sencillo, porque en el teatro, en los paseos, la corte representaba el principal papel. Y el señor de Richelieu, en su taburete del Teatro italiano, y madama Dubarry, en su carroza brillante cual el de una reina, eran el blanco del público como un cómico amado ó una actriz favorita de nuestros días.

Los rostros que uno conoce le interesan más, y todo París conocía á madama Dubarry, ardiente por mostrarse en el teatro, en el paseo, en los almacenes, como las mujeres ricas, jóvenes y bellas. Además la conocía también por sus retratos, por sus caricaturas, por Zamora. Por lo mismo, la historia de la presentación ocupaba á París casi tanto como á la corte. Si aquel día había grupos en la plaza del Palacio Real, perdonémos la filosofía, no hubiera sido por ver á Rousseau jugando al ajedrez en el café de la Regencia, sino por ver á la favorita en su hermosa carroza y con su lindo vestido, de que tanto se había hablado. El dicho de Juan Dubarry: costamos caros á la Francia, era profundo, y era muy natural que la Francia, representada por París, quisiese gozar del espectáculo que tanto le costaba.

Madama Dubarry conocía perfectamente á su pueblo, porque el pueblo francés fué mucho más su pueblo que había sido el de María de Leczinska. Sabía bien que gustaba de que le deslumbraran, y como ella tenía buen carácter, se esmeraba en que el espectáculo fuese proporcionado al gasto.

En lugar de acostarse como le había aconsejado su cuñado, tomó de las cinco á las seis un baño de leche; y á las seis, se puso en manos de sus doncellas, mientras llegaba el peluquero.

No hay necesidad de meternos en erudición, á propósito de una época tan bien conocida en nuestros días, que casi se podría llamar contemporánea, y que la mayor parte de nuestros lectores conocen tan bien como nosotros; pero no será inoportuno, especialmente en este momento, el explicar los cuidados, el tiempo y arte que debía costar un peinado de madama Dubarry.

Figúrese un edificio completo. El preludio de esos castillos que la corte del joven rey Luis XVI se construía muy almenados, como si en aquella todo debiese ser un presagio, como si la moda frívola, eco de las pasiones sociales que minaban la tierra bajo los pasos de todo lo que era ó parecía grande, había decretado que las señoras de la aristocracia tenían demasiado poco tiempo de gozar de sus títulos para no ostentarlos en su frente; como si, predicción aun más incierta pero no menos exacta, les hubiese anunciado que, teniendo poco tiempo para guardar sus cabezas, debiesen adornarlas hasta la exageración y elevarlas lo más posible por encima de las cabezas vulgares.

Para trenzar aquellos hermosos cabellos, realzarlos al rededor de una almohadilla de seda, entallarlos sobre hormillas de ballena, matizarlos de pedrería, de perlas y flores, salpicarlos de esa nieve que daba brillo á los ojos y frescura al color; en fin, para armonizar esos tonos de carne, de nácar, de rubíes, de ópalo, de diamantes, de flores omnicolores y multiformes, preciso era ser no sólo un grande artista, sino también un hombre de paciencia.

Así, los peluqueros eran, entre todos los gremios de artesanos, los únicos que llevaban espacio como los estatuarios.

Eso explica los cincuenta luises dados por Juan Dubarry al peluquero de la corte, y el temor de que el gran Lubín (así se llamaba entonces el peluquero de la

corte) fuese menos exacto ó menos diestro de lo que se esperaba.

Estos temores quedaron demasiado justificados; dieron las seis, y el peluquero no parecía; dieron las seis y media, y luego las siete menos cuarto. Una sola cosa daba un poco de esperanza á todos aquellos corazones anhelosos, y era el que un hombre de la valía del señor Lubín debía naturalmente hacerse esperar.

Pero dieron las siete; el vizconde temió que se enfriase la comida preparada para el peluquero, y que no quedase satisfecho este artista. Así es que envió un lacayo á advertirle que estaba servida la cena.

Al cabo de un cuarto de hora volvió el lacayo.

Sólo los que han aguardado en semejantes circunstancias saben los segundos que tiene un cuarto de hora.

El lacayo había hablado á la misma madama Lubín, la cual había asegurado que el señor Lubin acababa de salir, y que si no había llegado ya al hotel, á lo menos era seguro que estaba en camino.

— Bueno, dijo Dubarry, habrá hallado algún embarazo de coche. Aguardemos.

— Además, todavía no hay ningún compromiso, dijo la condesa, puedo peíname á medio vestir, la presentación es á las diez en punto, aun nos quedan tres horas, y para ir á Versalles nos basta una. Entretanto, Chon, enséñame el vestido, y eso me distraerá. ¿Dónde está Chon? ¿Chon! mi vestido! mi vestido!

— El vestido no ha llegado aun, dijo Dorea, y hace diez minutos que ha ido por él la hermana de la señora condesa.

— ¡Ah! dijo Dubarry, oigo el ruido de un coche, sin duda traen nuestra carroza.

El vizconde se equivocaba, pues era Chon que vol-

vía en su carroza tirada por dos caballos bañados en sudor.

— ¡ Mi vestido ! gritó la condesa antes que Chon estuviese aun en el vestíbulo. ¡ Mi vestido !

— ¡ Acaso no ha llegado aun ? preguntó Chon muy inquieta.

— No.

— Pero no puede tardar, continuó sosegándose, porque la modista, cuando entré en su casa, acababa de partir en un fiacre con dos de sus obreras para traerlo y probarlo.

— En efecto, dijo Juan, vive en la calle de Bac, y el fiacre ha debido venir más despacio que tus caballos.

— Sí, sí, de seguro, dijo Chon, quien, sin embargo, no podía menos de experimentar cierta inquietud.

— Vizconde, dijo madama Dubarry, si enviases á buscar la carroza, para que á lo menos no tuviésemos que esperar por ese lado.

— Tienes razón, Juana.

Y Dubarry abrió la puerta.

— Que vayan á buscar la carroza á casa de Francián, dijo, y que lleven los caballos nuevos para que los enganchen.

El cochero y los caballos partieron.

Cuando el ruido de sus pasos comenzaba á perderse en la dirección de la calle de San Honorato, entró Zamora con una carta.

— Carta para ama Barry, dijo.

— ¡ Quién la ha traído ?

— Un hombre.

— ¡ Qué hombre ?

— Un hombre á caballo.

— ¡ Y por qué te la ha entregado á ti ?

— Porque Zamora estaba á la puerta.

— Pero déjate de preguntas, condesa, y lee pronto, dijo Juan.

— Tienes razón, vizconde.

— Con tal que la carta no contenga nada desagradable, murmuró el vizconde.

— ¡ Qué ha de contener ! dijo la condesa. Algún memorial para S. M.

— Pero no está plegado en forma de memorial.

— En verdad, vizconde, que no has de morir más que de miedo, dijo la condesa sonriendo.

Y rompió la neta.

Á las primeras líneas lanzó un horrible grito, y cayó en un sillón medio expirando.

— ¡ Ni peluquero, ni vestido, ni carroza ! exclamó.

Chon se lanzó hacia la condesa, y Juan se precipitó sobre la carta.

Esta estaba escrita con una letra derecha y menuda, prueba evidente de que era letra de mujer.

« Madama, decía la carta, desconfiad ; esta noche no tendréis peluquero, ni vestido ni carroza.

» Espero que este aviso os llegará oportunamente.

» No digo mi nombre, para no excitar vuestra gratitud. Adivinadlo, si queréis conocer á una sincera amiga. »

— ¡ Ah, este es el último golpe ! exclamó Dubarry desesperado. ¡ Por vida del demonio ! tengo que matar á alguno ! ¡ Ni peluquero ! ¡ Rayo en él ! ¡ He de sacar las tripas á ese belitre de Lubin ! Pero, en efecto, están dando las siete y cuatro, y ese tunante no llega. ¡ Por vida del infierno !

Y Dubarry, que aquella noche no era presentado, se mesaba los pelos indignadamente.

— ¡ Dios mío ! ¡ Lo principal es el vestido ! exclamó Chon. Que un peluquero aun se podría hallar.

— ¡ Yo te desafío á que lo encuentres ! ¡ Qué peluquero has de hallar ? ¡ Rayos y truenos !... ¡ Sangre y matanza con mil legiones de diablos !

La condesa no decía nada, pero lanzaba suspiros capaces de enternecer á los mismos Choiseul, si lo hubieran podido oír.

— ¡ Vamos, vamos ! ¡ un poco de calma ! dijo Chon. Busquemos un peluquero, y volvamos á casa de la modista para saber qué se ha hecho del vestido.

— ¡ Ni peluquero ! murmuraba la condesa moribunda. ¡ Ni vestido ! ¡ ni carroza !

— Es verdad : ¡ ni carroza ! exclamó Juan ; tampoco viene la carroza, aunque ya debiera estar aquí. ¡ Oh, condesa ! Eso es un complot. ¿ Acaso el señor de Sartines no hará que prendan á los autores ? ¿ Y Maupeou no los mandará ahorcar ? ¿ No quemarán á los cómplices en la plaza de Greve ? Voy á hacer enroddar al peluquero, atenzar á la modista y desollar al maestro de coches.

En este intermedio había vuelto en sí la condesa, pero fué para conocer mejor lo horroroso de su situación.

— ¡ Oh ! esta vez soy perdida ! murmuraba. Los que han seducido á Lubin son bastante ricos para alejar de París á todos los buenos peluqueros, y no se encontrarán más que burros que me destrocen el pelo... ¡ Y mi vestido, mi pobre vestido !... ¡ Y mi carroza nueva, que debía hacer á todas rabiar de celos !...

Dubarry no respondía nada, no hacía más que girar sus terribles ojos, ir á tropezar con todos los ángulos de la sala ; cada mueble que encontraba, lo hacía

pedazos, y luego, pareciéndole aquellos pedazos demasiado grandes aun, los hacía más menudos.

En medio de aquella escena de desolación, que desde el retrete había cundido á las antesalas, y de éstas al patio, mientras que los lacayos, atortolados por veinte órdenes diferentes y contradictorias, iban, venían, corrían y tropezaban, un joven con casaca verde-manzana, chupa de raso, calzón lila y medias de seda blanca, se apeaba de un cabriolé, pasaba el abandonado umbral de la puerta de la calle, y atravesaba el patio, saltando de puntillas de piedra en piedra, subía la escalera é iba á llamar á la puerta del gabinete de tocador.

Juan se hallaba á punto de pisotear una batea de porcelana de Sevres que se había enganchado en el faldón de su casaca, conteniendo la caída de un jarrón japonés, que él había apostrofado con una puñada.

Oyóse dar suave, discreta y modestamente tres golpes á la puerta.

Sucedió un profundo silencio. Todos estaban tan atentos, que nadie osaba preguntar quién era.

— Perdón, dijo una voz desconocida ; desearia hablar á la señora condesa Dubarry.

— Pero, caballero, no se entra de ese modo, gritó el suizo corriendo hacia el extranjero para impedirle que pasase adelante.

— Un instante, un instante, dijo Dubarry ; nada nos puede suceder peor que lo que nos está pasando. ¿ Qué quiere usted á la condesa ?

Y Juan abrió la puerta con una mano que hubiera podido derribar las puertas de Gaza.

El extranjero esquivó el choque dando un brinco atrás, y cayendo en la tercera posición :

— Caballero, dijo, venia á ofrecer mis servicios á

la señora condesa, que, á lo que creo, está de ceremonia.

— ¿Y qué servicios? diga usted.

— Los de mi profesión.

— ¿Cuál es su profesión?

— Soy peluquero.

Y el extranjero hizo una segunda reverencia.

— ¡Ah! exclamó Juan arrojándose al cuello del joven. ¡Es usted peluquero! ¡Entre usted, amigo mío, entre usted!

— Venga usted, querido amigo, venga usted, dijo Chon cogiendo á brazo el cuerpo del joven atónito.

— ¡Un peluquero! exclamó madama Dubarry levantando las manos al cielo. ¡Un peluquero! ¡Es un ángel! ¡Le ha enviado á usted Lubin!

— Nadie me ha enviado. He leído en una gaceta que la señora condesa iba á ser presentada esta noche, y dije para mí: Mira, si por casualidad la señora condesa no tuviese peluquero; esto no es probable, pero es posible; y he venido.

— ¿Cómo se llama usted? preguntó la condesa algo fría ya.

— Leonardo, señora.

— ¡Leonardo! Pero no es usted conocido.

— Todavía no; pero si madama acepta mis servicios, lo seré mañana.

— ¡Hum! hum! exclamó Juan. Es que hay peinar y peinar.

— Si madama desconfía demasiado de mí, dijo el peluquero, me retiraré.

— Es que no tenemos tiempo para hacer ensayos, dijo Chon.

— ¿Y á qué hacer ensayos? exclamó el joven en un momento de entusiasmo, y después de haber dado una vuelta al rededor de madama Dubarry. Bien sé

que es preciso que madama atraiga todas las miradas por su peinado. Así, desde que he contemplado á madama, he ideado un peinado que estoy seguro ha de hacer el efecto más maravilloso.

Y el joven hizo un ademán lleno de confianza en sí mismo, que comenzó á convencer á la condesa, y á volver la esperanza al corazón de Chon y de Juan.

— ¡Conque sí! dijo la condesa, admirada de la soltura del joven, el cual tomaba unas actitudes cual hubiera podido tomarlas el mismo Lubin.

— Pero, ante todo, es preciso que yo eche una ojeada al vestido de madama para que pueda armonizar los adornos.

— ¡Oh, mi vestido! exclamó madama Dubarry, volviendo á tocar la terrible realidad. ¡Mi pobre vestido!

Juan se golpeó la frente.

— ¡Ah! es verdad! dijo. Señor, imagínese usted una emboscada odiosa!... Le han robado vestido, modista, ¡todo!... Chon! mi buena Chon!

Y Dubarry, cansado ya de arrancarse los pelos, se puso á sollozar.

— ¿Si volvieses tú á su casa, Chon? dijo la condesa.

— ¿Á qué tengo de ir, si había salido para venir aquí? replicó Chon.

— ¡Ay! murmuró la condesa agitándose en su sillón. ¡Ay! ¿de qué sirve un peluquero, si no tengo vestido?

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta. El suizo, para que no se introdujese algún otro, como acababan de hacerlo, había cerrado todas las puertas y echado todos los cerrojos.

— Están llamando, dijo madama Dubarry.

Chon se lanzó á las ventanas.

— ¡Un cartón! exclamó.

— ¡ Un cartón ! repitió la condesa. ¿ Entra ?

— Sí, no, sí ; lo entregan al suizo.

— Corre, Juan, corre, en nombre del cielo.

Juan se precipitó por la puerta, se adelantó á todos los lacayos, y arrancó el cartón de las manos del suizo.

Chon le miraba á través de los cristales.

Juan levantó la tapa del cartón, metió dentro la mano y dió un grito de alegría, pues se halló con un admirable vestido de raso de China con flores recordadas, y toda una guarnición de encajes de precio inmenso.

— ¡ Un vestido ! ¡ un vestido ! gritó Chon palmo-teando.

— ¡ Un vestido ! repitió madama Dubarry, á punto de desfallecerse de alegría, como había estado para desfallecerse de dolor.

— ¿ Quién te ha entregado esto, drope ? preguntó Juan al suizo.

— Señor, una mujer.

— ¿ Pero qué mujer ?

— No la conozco.

— ¿ En dónde está ?

— Señor, ha dejado este cartón en medio de la puerta, gritándome : « Para la señora condesa ; » ha vuelto á subir al cabriolé en que había venido, y se marchó á todo escape.

— ¡ Vamos ! dijo Juan. ¡ Ya tenemos un vestido, que es lo principal !

— ¿ Pero qué haces que no subes, Juan ? gritó Chon. Mi hermana rabia de impaciencia.

— ¡ Mira, mira ! respondió Juan. ¡ Mira y admira ! ¡ Mira lo que nos envía el cielo !

— Pero no me sentará bien, porque no está hecho para mí. ¡ Dios mío ! Dios mío ! ¡ qué lástima ! Porque al cabo es muy lindo.

Chon cogió rápidamente una medida.

— El mismo largor, dijo, la misma anchura de talle.

— ¡ Qué admirable tela ! dijo Dubarry.

— ¡ Es fabuloso ! exclamó Chon.

— ¡ Es espantoso ! dijo la condesa.

— Al contrario, replicó Juan ; eso prueba que si tienes grandes enemigos, también tienes amigos muy sinceros.

— No puede ser un amigo, dijo Chon ; porque, ¿ cómo podía estar advertido de lo que tramaban contra nosotros ? Preciso es que sea algún silfo, algún duende.

— ¡ Que sea el diablo ! exclamó madama Dubarry. Eso poco me importa con tal que me ayude á combatir contra los Grammont ; pues nunca podrá ser tan diablo como ellos.

— Ahora que me acuerdo, dijo Juan.

— ¿ De qué te acuerdas ?

— De que ya puedes poner con fiabilidad tu cabeza en manos de este señor.

— ¿ Y en qué fundas esa confianza ?

— ¡ Qué diantre ! En que ha debido ser prevenido por el mismo amigo que nos ha enviado el vestido.

— ¡ Yo ! exclamó Leonardo con natural sorpresa.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Juan. Eso de la gaceta no es más que una comedia, ¿ no es verdad, amiguito ?

— Es la pura verdad, señor vizconde.

— Vamos, sea usted franco, dijo la condesa.

— Señora, aquí tengo la gaceta en el bolsillo, pues la he guardado para hacer papillotas.

El joven sacó, en efecto, del bolsillo de su chupa un número de la gaceta en que se anunciaba la presentación.

— ¡ Vamos, vamos ! ¡ manos á la obra ! dijo Chon ; porque ya están dando las ocho.

— ¡ Oh ! aun tenemos todo el tiempo necesario, dijo el peluquero ; me basta una hora para que madama esté corriente.

— Sí, si tuviéramos un coche, dijo la condesa.

— ¡ Voto á bríos !... Es verdad, dijo Juan. Y ese tunante de Francián no llega.

— ¿ No nos han avisado ? dijo la condesa. ¡ Ni peluquero, ni vestido, ni carroza !

— ¡ Oh ! exclamó Chon asustada. ¿ Así había de faltarnos á la palabra ?

— No, dijo Juan ; no, ahí viene.

— ¿ Y la carroza ? ¿ la carroza ? preguntó la condesa.

— La habrá dejado á la puerta, respondió Juan. El suizo va á abrir. Pero ¿ qué es lo que tiene el maestro ?

En efecto, casi en el mismo instante se lanzó en el salón el maestro Francián todo asustado.

— ¡ Ah ! señor vizconde ! exclamó. Venía aquí la carroza de madama, cuando al volver la calle Traversière fué detenida por cuatro hombres que han derribado á tierra á mi primer oficial, que venía conduciéndola, y lanzando los caballos al galope han desaparecido por la calle de San Nicasio.

— ¡ Cuando yo os lo decía !... exclamó Dubarry con reconcentrado enojo, y sin levantarse del sillón en que estaba sentado, al ver al maestro de coche. ¡ Cuando yo os lo decía !

— ¡ Eso es un atentado ! gritó Chon. Pero ¿ qué haces tú que no te mueves, hermano ?

— ¡ Yo moverme ! ¿ y para qué ?

— Para buscar un coche, pues no tenemos más que caballos derrengados y unas carrozas indecentes, y Juana no puede ir á Versalles en semejantes trastos.

— ¡ Bah ! dijo Dubarry. El que pone freno al furor de las olas, el que da alimento á los pajaritos, que nos envía un peluquero como el señor y un vestido como

ese, no nos dejará atascados por falta de una carroza.

— ¡ Escuchad, escuchad ! exclamó Chon. Se siente el ruido de una.

— Y aun parece que se para, añadió Dubarry.

— Sí, pero no entra, dijo la condesa.

— No entra, es verdad, dijo Juan.

Luego corriendo á la ventana y abriéndola :

— ¡ Corred, caramba ! gritó. ¡ Corred, si queréis llegar á tiempo ! ¡ Alerta ! ¡ alerta ! Que á lo menos conozcamos á nuestro bienhechor.

Los criados, picadores y lacayos se precipitaron, pero ya demasiado tarde. Una carroza forrada de raso blanco, y tirada por dos magníficos caballos, estaba delante de la puerta.

Pero no había rastro de cochero ni lacayo, y solo un mozo de cordel tenía los caballos de las riendas.

El mozo había recibido seis libras del que los había traído, y que había desaparecido por el lado del patio de las Fuentes.

Examináronse los tableros de la carroza, pero una mano rápida había reemplazado los escudos de armas con una rosa.

Todo este reverso de la desgracia anterior no había durado una hora.

Juan mandó introducir la carroza en el patio, cerró la puerta tras sí y guardó la llave.

Luego subió al gabinete de tocador, en el cual se disponía el peluquero á dar á la condesa las primeras pruebas de su ciencia.

— ¡ Amigo ! exclamó cogiendo á Leonardo por el brazo ! Si no nos dice usted el nombre de nuestro genio protector, si no lo señala usted á nuestra eterna gratitud, juro....

— ¡ Cuidado, señor vizconde ! interrumpió flemáticamente el joven. Usted me hace el honor de apre-

tarme el brazo tan fuertemente, que cuando vaya á peinar á la señora condesa, tendré la manó entumecida; están dando las ocho y media, y tenemos prisa.

— ¡ Suéltale, Juan, suéltale ! gritó la condesa.

Juan se dejó caer en un sillón.

— ¡ Milagro ! ¡ milagro ! gritó Chon. El vestido es de una medida exacta... una pulgada más largo por delante, y nada más, pero en diez minutos quedará corregido.

— Y la carroza... ¿ qué tal es ?... ¿ presentable ?... preguntó la condesa.

— De la mayor elegancia... He entrado dentro, respondió Juan, y he visto que está forrada de raso blanco, y perfumada de esencia de rosa.

— Entonces todo va bien, gritó madama Dubarry palmoteando con sus manecitas. Vamos, señor Leonardo, si usted lo hace bien, tiene hecha su fortuna.

Leonardo no aguardó á que se lo dijeran dos veces; se apoderó de la cabeza de madama Dubarry, y á la primer pasada de peine, reveló un talento superior.

Al cabo de tres cuartos de hora madama Dubarry salió de sus manos más seductora que la diosa Afrodita, porque estaba menos desnuda y no menos bella.

Cuando Leonardo había dado la última mano á aquel espléndido edificio, cuando hubo probado su solidez, después de haber pedido agua para lavarse las manos y dado gracias humildemente á Chon que, en su gozo, le servía como á un monarca, quiso retirarse.

— Amigo, dijo Dubarry, debe usted saber que soy tan obstinado en mis amores como en mis odios. Por consiguiente, espero que ahora tendrá á bien decirme quien es usted.

— Ya os lo he dicho, señor; soy un joven que principio mi carrera, y me llamo Leonardo.

— ¡ Y qué principio, cuerpo de Cristo ! Usted es un maestro consumado.

— Señor Leonardo, usted será mi peluquero, dijo la condesa mirándose en un espejo de mano, y le daré cincuenta luises por cada peinado de ceremonia. Chon, da cien luises á este señor por el primero, y ya recibirá otros cincuenta por despedida.

— Bien lo decía yo, señora, que haríais mi reputación.

— Pero usted no peinará á nadie más que á mí.

— Entonces, señora, guardaos vuestros cien luises, respondió Leonardo, pues yo quiero mi libertad : á ella es á quien debo el haber tenido el honor de peinaros hoy. La libertad es el primer bien del hombre.

— ¡ Un peluquero filósofo ! exclamó Dubarry levantando las manos al cielo. ¡ Adónde vamos á parar, Señor ! ¡ Dios mío, adónde vamos á parar ! Y bien, querido señor Leonardo, yo no quiero indisponerme con usted, tome usted los cien luises, y guarde su secreto y su libertad. Al coche, condesa, al coche.

Estas palabras se dirigían á madama de Bearn, que entraba tiesa y ataviada como una madona en un nicho, y á quien acababan de sacar de su gabinete precisamente en el momento de servirse de ella.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Juan. Que tomen á madama entre cuatro y que la bajen suavemente hasta el pie de la escalera. Si da un solo suspiro os despedazo.

Mientras que Juan vigilaba aquella delicada é importante maniobra, en la que Chon le secundaba en calidad de ayudante, madama Dubarry buscaba con la vista á Leonardo.

Éste había desaparecido.

— Pero ¿ por dónde se ha ido ? murmuró madama Dubarry, que aun no había vuelto bien en sí de todos los asombros sucesivos que había experimentado.

— ¡ Por dónde se ha ido ! Por el piso ó por el cielo raso, que es por donde se escurren los genios. Ahora, condesa, cuidado con que tu peinado no se haga un nido de pájaros, que tu vestido no se convierta en una telaraña, y que no lleguemos á Versalles en una grande calabaza tirada por dos ratones.

Y al anunciar este último temor, el vizconde Juan subió á su vez á la carroza en que ya se habían colocada la condesa de Bearn y su muy dichosa ahijada.

## XV

## La presentación

Versalles, como todo lo que es grande, es y será siempre hermoso.

Aunque el musgo corroa sus piedras caídas, aunque sus dioses de plomo, de bronce ó mármol, yazcan dislocados en sus estanques, y sus calles de árboles podados eleven al cielo sus desgredadas copas, siempre ofrecerá, siquiera sea en las ruinas, un espectáculo pomposo y sorprendente para el hombre pensador ó el poeta, quien desde el gran balcón mirará los eternos horizontes después de haber mirado los esplendores efímeros.

Pero cuando era de ver lo espléndido de Versalles, era especialmente en medio de su vida y de su gloria. Cuando un pueblo inerme, contenido por un pueblo de soldados brillantes, batía con sus oleadas las doradas verjas; cuando las carrozas de terciopelo, de seda y raso, con soberbios escudos de armas, rodaban por el sonoro pavimento al galope de sus fogosos caballos; cuando todas las ventanas, iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo resplandeciente de diamantes, rubíes y zafiros, que el ademán de un solo hombre doblegaba, cual doblega el viento las doradas espigas entremezcladas de blancas margaritas, de encarnadas amapolas y de acianos azules;